



Casas Rurales

RUTA nº 070

 COMUNIDAD AUTONOMA DE MADRID - ZONA 1

EMBALSE DE PINILLA

© Texto y fotos de ANDRES CAMPOS. Maquetación y diseño de ALFONSO GONZALEZ.

COSTA RICA

Un paseo alrededor de la primera gran presa del Lozoya, tesoro de aves, agua pura y playas secretas

DATOS GUIA DE LA RUTA	
Distancia desde Madrid 90	
15 Kms. RUTA CIRCULAR	 4 HORAS   DIFICULTAD BAJA  100 0
 IMPRIMIR PAGINA	PLANO 1

ACCESOS A LA RUTA	Pinilla del Valle tiene su acceso más directo por la carretera de Burgos (N-1), en cuyo kilómetro 69 hay que tomar la salida hacia Rascafría (M-604) y luego, sobre el kilómetro 17, desviarse a mano izquierda (M-973). La vuelta al embalse también puede emprenderse desde el pueblo de Lozoya, hasta donde llegan los autobuses de Continental Auto (teléfono: 91-314 5755), que salen de la plaza de Castilla
A TENER EN CUENTA	en verano tiene el enorme aliciente de las playas
CLASE DE CAMINO Y FIRME	camino llano y evidente
BIBLIOGRAFIA SUGERIDA	Blázquez, Heras, De Mingo-Sancho, Rubio, Segura, Sintés y Barbadillo son los autores de 'Valle Alto del Lozoya', guía editada por Los Libros de la Catarata (tel.: 91-532 0504) en la que se describen varias excursiones por las inmediaciones del embalse
CARTOGRAFIA RECOMENDADA	hoja 19-19 (Buitrago del Lozoya) del Servicio Geográfico del Ejército, o la 484 del Instituto Geográfico Nacional; mapa 'Sierra Norte', de La Tienda Verde (Maudes, 23 y 38; tel.: 91-534 3257)
015602702	



En plena canícula, cuando Febo surca el valle del Lozoya por todo lo alto desde Mondalindo hasta Peñalara, vacas hay que caminan sobre las aguas bajas del embalse de Pinilla como en una versión bovina del milagro del Tiberiades. Las benditas cornudas andan como niñas por un McDonald's: tienen líquido dulce a mares, jugosos



pastos ribereños y sombrías fresnedas. Nada más le pueden pedir a una mañana candente de agosto. Y el excursionista, tampoco. Vaqueros cántabros fueron los que repoblaron esta nava allá por el siglo XII. Hay quien dice que se asentaron junto a unas peñas, y que de aquellas 'penillas' o 'pinillas' le viene el nombre a Pinilla del Valle. Todo pudiera ser.

Tres siglos más tarde, los pastores obraron una iglesia sólida como una montaña. Las guías turísticas la pintan así: "Parroquia de la Santísima Trinidad. Notable fábrica de una nave, con cubierta de madera y la capilla mayor cuadrada, bóveda de crucería, diecisiete claves sobre ménsulas, columnas góticas, laudas sepulcrales y pinturas al fresco. La portada se abre por medio de un arco con dos arquivoltas enmarcada por un alfiz quebrado. En el arranque del arco, el toro, el león y el águila que hacen referencia al Tetramorfo". Mas el caminante no ha traído diccionario. Lástima. ¡Laudas sepulcrales! ¡Tetramorfo! ¡Qué barbaridad! El excursionista sólo trae esta mañana las

viandas de costumbre y un casto bañador, que es prenda que siempre echa al morral cuando se va a arrimar al Lozoya. Y así, pian piano, ufano y escotero, baja por las calles de Pinilla relamiéndose de gusto, cuando nada más cruzar el puente que cae a manderecha del pueblo se topa con este letrado: "Prohibido bañarse. Firmado: Canal de Isabel II". Ante la disyuntiva de darse media vuelta o hacerse el sueco, el excursionista se decanta lógicamente por la opción escandinava, pero como sabe que le pueden llover capones en la cabeza, se arma de las siguientes tres razones para desobedecer públicamente: 1) el agua del embalse proviene del río de la Angostura o Lozoya, donde se chapuzan como caimanes cientos de domingueros; 2) si las vacas abrevan, se remojan las tetas e incluso frezan en el embalse, ¿a qué tanto escrúpulo de Marigargajo por un bípedo que se ducha a diario?; y, sobre todo, 3) es que hace muchísima calor, jo. De modo que, haciéndose de nuevas, el caminante reanuda su gira pegadito a la orilla y, siguiendo primero un camino carretero y luego un sendero, comienza a descubrir playas y calas recónditas, ceñidas por robledales y cantiles de roca caliza.

Su estupor sólo es comparable al de las ánades y las garzas reales, que dudan del intruso con su perfil interrogante. Más cerca del cielo no cabe estar: ni siquiera en las cumbres que, desde Peñalara hasta el Nevero, pasando por el Reventón, cierran el magno panorama al septentrión. Cercas ruinosas y árboles muertos asoman fantasmagóricos a la superficie no lejos de la costa: vestigios son de aquellos campos de cebada y centeno, o panes, de los que aún guardan memoria los mayores del lugar. Entonces, el Lozoya era sólo un río. Entonces, vivían de la madera, el carbón vegetal y la ganadería. Entonces, llegaron los del Canal y levantaron, en 1967, una presa de planta recta y 300 metros de longitud en la coronación. Se perdieron pastos y cultivos; se perdieron la ermita de Santa María de las Vegas y el viejo camposanto de Pinilla. En cambio, se ganó agua, ¡toda la del mundo!, que no ha dejado un céntimo a los mayores del lugar.

Rodeando la verja que delimita las instalaciones de la presa, el excursionista emprende el regreso por la cañada que recorre la orilla contraria. Al pueblo de Lozoya, que ocupa un largo trecho de esta ribera, llegan muchedumbres de bañistas, piragüistas, windsurfistas y familias numerosísimas pertrechadas con neveras, barbacoas, bronceadores y todo lo necesario para pasar un día realmente pringoso. El caminante, la verdad, casi prefiere las vacas.

